

Montejo los mandó llamar para que los viera el rey, y después, con el beneplácito del monarca, anduvieron por la ciudad, llamando la atención de todo el mundo.

Después de esta minuciosa, pero interesante reseña, comprenderán nuestros lectores que el licenciado Benito Martín tenía que luchar con grandes dificultades para inclinar la protección del rey á favor de Velazquez, é influir en contra de Hernan Cortés.

Aguardó á que partiese Montejo de Tordesillas, y cuando supo que habia verificado su marcha, de acuerdo con el obispo de Búrgos, que estaba profundamente indignado contra Hernan Cortés, porque no se habia valido de él en aquella ocasion para informar á Carlos V de su descubrimiento, se dirigió á la ciudad, no tardando, gracias á la misma influencia, en ser recibido por el emperador.

Su entrevista con él, y los resultados que obtuvo en ella, demuestran gran habilidad y merecen capítulo aparte.

CAPITULO LXXI.

Un pretendiente hábil.



o necesitamos dar una idea del carácter del monarca con quien iba á conversar el licenciado Benito Martín. Harto conocida es su grandiosa figura de todos los que han estudiado, ó siquiera han leído, la historia de España, para que nos detengamos á hacer este retrato.

Un hombre de tan viva imaginación como claro talento, de ambición superior, cifraba más su gloria en someter á los hombres, en arrebatár á las clases su iniciativa, en arrojar sobre sus vasallos el peso de su omnímodo poder, que en acumular tesoros; y cuando más se sonreía, era cuando halagaba su imaginación, ofreciéndole medios de subyugar hombres y pueblos.

No daba, pues, gran importancia á las conquistas del Nuevo Mundo.

Su sueño dorado era escurecer la gloria de su rival el rey de Francia.

Si á esto se une la frialdad, la apatía de su carácter, la seguridad de satisfacer todos sus deseos, todos sus caprichos, se comprenderá fácilmente que aun cuando le halagaban las conquistas del Nuevo Mundo, apenas preocupaban su ánimo.

El licenciado Benito Martín, hombre ducho en la ciencia de la vida, se mostró apasionado admirador de la impotencia del emperador, ensalzó las altas prendas que le adornaban, y puso después en relieve su pequeñez y la del asunto que le llevaba á conseguir la inmerecida honra de besar las plantas del soberano.

Este preámblo halagó en extremo la vanidad inconsciente del joven emperador.

—El obispo de Búrgos, dijo el monarca, os recomienda eficazmente.

Dice que venís de las Indias, y que teneis que hacerme importantes revelaciones.

—Es cierto; y si vuestra majestad me lo permite, cumpliré este deber.

Iba á empezar el licenciado su relato, cuando se presentó el señor Chiebres, flamenco favorito del monarca, y por lo tanto objeto del odio de los españoles.

—Llegas á tiempo, Chiebres, dijo el rey á su amigo.

—¿Es tanta mi fortuna? preguntó humildemente el cortesano.

—Sí; este eclesiástico os informará de lo que pasa en Santiago de Cuba.

—¿Vos os marcháis, señor?

—No; pero deseo que se entienda con vos, puesto que ha de ser quien me aconseje.

El licenciado se alegró mucho de esta resolución del monarca.

Sabia quién era Chiebres, y que la esperanza del lucro era la única inspiración de todos los actos del favorito.

—Ya que vuestra majestad me da licencia, empezaré diciendo que nada hay más encantador ni más digno que la imperial corona que la Providencia ha ceñido á vuestras sienes en la conquista de tantos y tan lejanos países.

Dentro de poco se aumentarán las remesas de oro que de allí vienen á la metrópoli.

No habrá ningún otro soberano en el mundo que pueda aventajar en poderío y riquezas al gran emperador que ostenta en su mano el cetro de los reyes Católicos.

Chiebres prestó mayor atención al relato del licenciado Benito Martín.

El rey, simulando desden hacia aquellas esperanzas, comenzó á pasearse por la habitación.

—Ya sé que vuestra majestad, añadió el licenciado, tiene noticia de los descubrimientos hechos por Hernan Cortés, el cual, en prueba del éxito que ha alcanzado en su empresa, ha ofrecido á vuestra majestad muestras de algun valor de los objetos que ha encontrado en las ciudades conquistadas.

Nadie puede negar á Hernan Cortés bizarría y lealtad á su rey.

Pero la flaqueza humana va á ser causa, si vuestra majestad no pone coto á lo que está pasando, de disgustos y pérdidas considerables en las Indias.

—¿Por qué? preguntó Chiebres.

—El gobernador de Santiago de Cuba es don Diego de Velazquez, caballero muy principal y guerrero de los más tenodados.

Nombrado jefe de la isla por el almirante Diego Colon, concibió el pensamiento de descubrir ese vasto imperio, en cuya conquista se ocupó Hernan Cortés.

No pudiendo abandonar su mando, eligió para jefe de la expedición á un hombre que le ha pagado con la más negra ingratitud.

Digno es de aplauso por el valor que ha desplegado; digno es de envidia por la suerte que ha obtenido.

Pero, señor, ¿no habria obrado con verdadera lealtad, no habria cumplido su deber dando cuenta á su inmediato jefe, al hombre que le habia sacado de la nada para elevarle al puesto distinguido que hoy ocupa, de su descubrimiento? ¿Y no seria más grato para el noble corazón de vuestra majestad tener noticias de los descubrimientos por conducto del gobernador de Santiago de Cuba?

Diego de Velazquez ignora hoy lo que pasa.

Pero en cuanto sepa que Hernan Cortés, desentendiéndose por completo de él, abusa de su confianza, irritado su amor propio, será capaz de olvidar los intereses que le están confiados, y hoy por hoy es el único que puede conservar para España aquel rico joyel de la corona.

—Si vuestra majestad, añadió, mirando intencionadamente á Chiebres, otorgará alguna gracia, alguna merced á Diego de Velazquez, lograria vuestra majestad curar la herida que habia recibido ó recibirá muy breve; seria entónces muy fácil unir las voluntades de Hernan Cortés y de él, y en este caso, obrando los dos del mismo acuerdo, lograrían ofrecer á vuestra majestad con la conquista de ese vasto imperio tesoros que harian la felicidad del reino y la de todos los que en su prosperidad se interesan.

Chiebres comprendió la oferta embozada que acababa de hacerle el licenciado Benito Martin.

—Me anticipo, le dijo, á ofreceros hablar al rey mi señor, y si no es otra su voluntad, volved mañana á verme y os diré lo que en sus altos juicios resuelva nuestro señor y dueño.

El licenciado Benito Martin se prosternó ante el César, y aguardó con ansia el dia siguiente.

Cuando fué á ver á Chiebres, el favorito del rey le esperaba.

—¿Qué es lo que deseais para Diego de Velazquez? le dijo.

—Una cosa muy natural y muy sencilla: el título de adelantado, no sólo de la isla de Cuba, donde ya es gobernador, sino de las tierras que descubra y conquiste con su inteligencia y su fuerza.

—Mucho pedís.

—Velazquez lo merece todo.

Y podeis creer, añadió, que reconocido á vuestras bondades, sabrà mostraros dignamente su gratitud.

—¿Y pensais volver á Santiago de Cuba? interrogó Chiebres.

—Aguardo vuestras órdenes, dijo Diego de Velazquez.

—Dentro de quince dias saldrá una expedicion, ¿no es eso?

—Tales son mis noticias.

—Pues bien; yo os aseguro que podreis llevar á Diego de Velazquez el título que habeis pedido para él.

Esto bastaba al licenciado Benito Martin.

Con los amplios poderes que iba á llevar á Diego de Velazquez, podia facilitar los medios de enviar numerosas fuerzas en persecucion de Hernan Cortés.

Si lograba apoderarse del caudillo y aumentar sus fuerzas con las de otros capitanes de su confianza para continuar la conquista, estaba asegurado su triunfo.

Quince dias despues se embarcó el licenciado Benito Martin con rumbo para Santiago de Cuba, llevando en su poder firmado por el rey y refrendado por el obispo de Búrgos, presidente del Consejo de Indias, el título de adelantado mayor para Diego de Velazquez.

CAPITULO LXXII.

Donde se ve á Velazquez muy alegre, porque cree poder vengarse de Hernan Cortés.



ACILMENTE comprenderán nuestros lectores la inmensa alegría que produjo en Velazquez la llegada de su amigo el licenciado Benito Martin.

No solo satisfacía por completo su amor propio, sino que le proporcionaba los medios de separarse de la tutela del almirante de las Indias, de obrar por su cuenta propia; y con tal motivo, de tomar al mismo tiempo que venganza por el desacato que contra su persona y su autoridad habia cometido Hernan Cortés, la ocasion de arrebatarse de sus manos las conquistas que habia llevado á cabo, para gloriarse de ellas y aprovecharlas.

Diego de Velazquez, como hemos indicado, si bien someramente, en el trascurso de esta historia, sostenia relaciones con una dama de las más principales de la isla, que por más señas se hallaba en una situacion excepcional.

Unida desde muy niña con uno de los contadores que habia llavado Diego Colon á Santo Domingo, inspiró infundados celos á su esposo, y el amor que le profesaba llegó á trocarse en ella el odio, en él en verdadera locura.

Tan exageradas eran sus persecuciones para sorprender á su esposa en flagrante delito de infidelidad, y se mortificaba tanto en la lucha que sostenia consigo mismo el desventurado esposo, que se extravió su razon, llegando á ser preciso encerrarle, porque su demencia era amenazadora.

Juró asesinar á su esposa, é intentó varias veces cumplir sus juramentos.

Blanca, que este era el nombre de aquella mujer, amedrentada por las amenazas, trató de separarse de su esposo y regresar á España.

Antes de efectuar este viaje, fué con su camarera Aldonza á Santiago de Cuba, en donde tenia un tío, que á la muerte de sus padres habia desempeñado el cargo de su tutor.

Pocos dias despues de su llegada, las fatigas de la guerra y el brusco cambio de temperatura llevaron al sepulcro á su tío, y la jóven quedó en posesion de sus bienes.

Por aquel tiempo conoció á Diego de Velazquez, y accediendo á sus ruegos, permaneció en Santiago de Cuba.

Estrecho lazo de amistad unia sus corazones, y poco á poco fué aquel afecto ganando terreno, hasta convertirse en amor.

Por más que el gobernador recataba sus visitas á Blanca, no faltó quien supiera las relaciones que existian entre él y ella.

Pero como Velazquez era, en primer lugar, la suprema autoridad de la isla, y en segundo, no tenia vínculo alguno que le impidiese sostener aquellas relaciones, hasta los más timoratos llegaron á acostumbrarse á oír hablar de aquellos amores, dejando en dulce tranquilidad á los que vivian de aquel sentimiento.

Habia ademas otros motivos para que se calmasen.

Velazquez habia asegurado á sus amigos mas íntimos que en cuanto supiera el fallecimiento de don Carlos Iniesta, que este era el nombre del esposo de doña Blanca, le daría su mano, y repararía de este modo una falta, que no era cometida voluntariamente, sino por efecto de la necesidad.

Apénas llegó á Santiago de Cuba el licenciado Benito Martin, fué á ver al gobernador.

—Dadme albricias, le dijo.

—Me sorprende vuestra llegada. No os esperaba tan pronto.

—He querido traerlos en persona la prueba de que he cumplido mi palabra.

—Segun eso, ¿vais á darme buenas noticias?

—Deme á besar su mano el nuevo adelantado.

—¿Qué decís?

—El rey mi señor os ha nombrado adelantado de las Indias y jefe independiente y supremo de Santiago de Cuba.

—Vuestro capellan, añadió, recordándole la promesa que le habia hecho, que si no está equivocado, ocupará muy pronto el primer puesto de la isla, os felicita cordialmente y pone en vuestras manos los medios de calmar cuantas agitaciones se presentasen, de satisfacer todas las aspiraciones de vuestro levantado espíritu.

Mostróle inmediatamente los despachos del rey, que habia recibido por conducto de Chiebres, y Velazquez, ébrio de gozo, en un momento de orgullo:

—¡Oh! Ahora estoy satisfecho, exclamó. Pronto sabrá Hernan Cortés quién es su mayor enemigo, y todos los que me han visto sufrir su indigna conducta, verán al héroe, cargado de cadenas, humillarse de nuevo y pedir á mi piedad el perdon de sus culpas. . . . En cuanto á vos, añadió, podeis estar seguro de que no he olvidado mi promesa: mi capellan será el primer obispo de Cuba.

Inmediatamente fué á ver á Blanca para comunicarle su satisfaccion.

Blanca era ambiciosa.

No amaba á Diego de Velazquez.

Pero adivinaba el brillante porvenir que le estaba reservado; estaba segura de dominarle siempre, y por estas razones fingia hácia él un cariño, que pasaba á los ojos de Velazquez por una verdadera pasion.

Hablamos exprofeso de esta mujer, porque en los aconteci-

mientos de que vamos á dar cuenta desempeñó un papel muy importante.

Blanca, manifestando una inmensa alegría:

—No reveleis á nadie nuestra felicidad, dijo á Velazquez, hasta que prepareis lo necesario para llevar á cabo vuestra venganza.

Hernan Cortés tiene amigos en Santiago de Cuba, y podria adelantarse alguno y comunicarle nuestros proyectos, en cuyo caso, puesto en guardia, seria difícil someterle.

Encargad al licenciado Benito Martin el mayor silencio, y si quereis confiarme la direccion de la intriga que debe satisfacer por completo todos nuestros deseos, me dispensareis un gran favor y me dareis una prueba de vuestra confianza.

—¿Dudais de mi inteligencia para llevarla á cabo? contestó Velazquez.

—No; pero vos teneis otras ocupaciones; y ademas, ¿qué hay más grato para una mujer que mover los hilos de una intriga?

—Si no es más que eso, reina mia, quedareis complacida.

—Esto me basta por ahora, añadió Blanca, acentuando mucho sus palabras.

—No olvides mi promesa, dijo Velazquez; hasta que os vea convertida en mi esposa, no seré completamente feliz.

Blanca ofreció su frente á los amantes labios del gobernador.

Y sin embargo, hemos dicho ántes que Blanca no le amaba.

Ahora diremos que amaba á otro.

Una conversacion que van á oir nuestros lectores les dara á conocer las ideas y los sentimientos que abrigaba en su alma.